

**ESCRITURA Y VERDAD EN DOS CRONICAS POLEMICAS DE LA COLONIA.  
EL CARNERO DE JUAN RODRIGUEZ FREYLE: IRONIA NARRATIVA Y  
CRISIS MORAL (I PARTE)**

---

*Prof. Oscar Galindo V.*

1. Una observación detenida a la prosa colonial hispanoamericana permite advertir un contenido de singular importancia dado por la defensa, abierta o velada, de los derechos de los criollos y por su conciencia de identidad frente a los españoles. Lo anterior puede, por cierto, ser leído como signo de conciencia del surgimiento de un estamento social claramente diferenciable y, por lo mismo, con nuevos y particulares intereses; esto puede explicar la crítica constante al sistema gubernamental manejado por los españoles, a la vez que provee al escritor de su derecho a la defensa<sup>1</sup>. El resultado es un tipo de texto en el que el autor, rompiendo los modelos preestablecidos, hace uso de todos los medios narrativos y persuasivos que tiene a su alcance para llevar a cabo los objetivos que se ha propuesto. Dentro de esta perspectiva pueden ser leídos algunos de los textos más representativos de este momento, tales como *El Carnero de Juan Rodríguez Freyle* y *Cautiverio Feliz* de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, entre otros.

Una mirada de este tipo implica reconocer la especial mixtura textual de estas obras, construidas en el margen de la formación discursiva<sup>2</sup> historiográfica y literaria, como en el caso de *El Carnero*, e inclusive oratoria, como ocurre con el *Cautiverio Feliz*; en cuyo interior es posible reconocer, además, la presencia autobiográfica y autorial que se manifiesta como un rastro que sirve de conciencia organizadora de los diversos materiales con que tales textos se construyen.

Barthes, teniendo en cuenta las proposiciones de Emil Benveniste, ya había advertido que existen dentro del discurso de tipo histórico diversas marcas que determinan la presencia del sujeto de la enunciación en su enunciado (1970: 37-50). Siguiendo a Jakobson denomina a estas marcas con el nombre de *shifters*. Distingue dos tipos que "refieren únicamente el proceso mismo de la enunciación" (p. 41): de *escucha* que designan toda mención del historiador a fuentes y testimonios (ej. "según he oído", "por lo que sabemos", etc.) y de *organización* que abarcan todos los signos mediante los cuales el *enunciante* "organiza su propio discurso, lo retoma, lo modifica a lo largo de su camino, en una palabra, le asigna referencias explícitas" (p. 32). Señala que, junto a estos dos tipos de *shifters* fundamentales, hay que agregar, además, aquellos que se refieren a los participantes del acto de la enunciación, es decir al sujeto mismo, que puede estar ausente o ser protagonista de su enunciado, y al destinatario, generalmente ausente en el discurso de tipo histórico (p. 41 y ss).

Por su parte, en el campo de los estudios del relato literario, G. Genette ha señalado que el narrador puede cumplir diversas funciones que nacen de la atención a los distintos aspectos del relato. Así, la *historia* da lugar a la función *narrativa*, que es la propia de todo narrador que no quiera perder su condición de tal. El texto, constituido por los "organizadores del discurso", da lugar a la función de

---

<sup>1</sup> CHANG-RODRIGUEZ, Raquel (1974a, 1982) y CORREA, Sergio (1965) desarrollan esta visión refiriéndose a la prosa colonial en general y al *Cautiverio Feliz* en forma específica, respectivamente.

<sup>2</sup> Mignolo utiliza este concepto para hablar de "familias de enunciados que se agrupan bajo un nombre" (historiografía, literatura, etc.) en el cual es posible distinguir dos niveles: "El nivel del dominio de los objetos (del contenido, de lo que se habla, etc.; poco importa, para el caso de la literatura, que en gran parte el dominio de los objetos sea considerado ficticio) y el nivel de los textos en los cuales se "construye" el dominio de los objetos. Finalmente, si aceptamos esta distinción lo hacemos sobre la base del *metatexto* puesto que es en él donde encontramos los principios que definen y delimitan tanto el dominio de los objetos como los requisitos que deben llenar los textos que, junto con el dominio de los objetos y el *metatexto*, configuran la formación discursiva". (1981: 362).

**dirección.** La situación narrativa, constituida por el narrador y el narratario, da origen a las funciones **testimonial** e **ideológica**, relativas al narrador, y a la función de **comunicación**, relativa al narratario (1972, cit. por la traducción de R. Suárez). Aspectos que explicitaremos con mayor detalle en el curso de nuestro trabajo.

Considerando lo anterior, es natural que nuestro enfoque atienda no a una determinación genérica, sino al estudio del texto en tanto situación de comunicación, y dentro de éste buscamos poner de manifiesto las funciones extranarrativas (esto es, consideramos como ejes centrales el texto y la situación narrativa). Lo anterior nos permite plantear que la articulación discursiva sirve como mecanismo de acreditación de la propia condición de escritor, historiador u orador del sujeto y, por sobre todo, como ser conciente y portador del conocimiento. Así la escritura deja de ser, si alguna vez lo fue, una actividad inocente para transformarse en un instrumento capaz de influir en la realidad extratextual, para cuyo efecto es necesaria la construcción de un tipo de texto que sirva a tal propósito. Desde otro punto de vista, la mixtura textual, así como el carácter utilitario de la escritura, pueden ser leídos como signos de la época en que tales textos se insertan.

## 2. **El Carnero.** Ironía narrativa y crisis moral de la Colonia.

“me doy a entender que este nuestro hablar tan de improviso cae debajo del número de aquellas cosas que llaman portentos, las cuales, cuando se muestran y parecen, tiene averiguado la experiencia que alguna calamidad grande amenaza a las gentes”.  
CERVANTES: *El coloquio de los perros*.

**El Carnero**<sup>3</sup> de Juan Rodríguez Freyle (1566–1640?) escrito entre los años 1636 a 1638 y publicado recién en el año 1859 sigue siendo uno de los textos más misteriosos e interesantes de la prosa colonial del siglo XVII; desde su título popular, **El Carnero**<sup>4</sup>, hasta su curiosa redacción en el final de la vida del autor, han sido permanentemente motivo de polémica y estudio.

La especial articulación discursiva de la obra ha significado diversos intentos por clasificarla dentro de un género determinado. Lo primero que resalta es la mixtura de materiales heterogéneos en su composición discursiva: autobiografía, historia, referencias bíblicas, etc. y una serie de narraciones, generalmente denominadas “casos”, sobre diversas materias con un supuesto fundamento histórico. Estos diversos ejes que estructuran la narración ya se encuentran manifiestos en el extenso título del texto y en el “Prólogo al lector”<sup>5</sup>

Nuestro propósito, en este sentido, alcanza el intento por demostrar que Juan Rodríguez Freyle no pretendía sólo escribir un texto concebido como mera recreación de hechos con una finalidad de entretención, pero, y quizá aquí está la paradoja, no es tampoco la relación histórica, en sí misma, la que interesa a sus propósitos. Al contrario, creemos que la mixtura textual se explica no por su inscripción en un determinado sistema retórico, sino por su finalidad, por la necesidad de desarrollar un planteamiento que raya en los límites de lo moral, de lo social y, por consiguiente, de lo político<sup>6</sup>. Sin embargo, es necesario hacer notar que tal crítica no se realiza en forma directa, sino que se lleva a cabo por

<sup>3</sup> **El Carnero. Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada, de las Indias Occidentales del Mar Océano y Fundación de Santa Fé de Bogotá...**, es parte del extenso título de este texto.

<sup>4</sup> Sobre los posibles significados del título puede verse: BENSO, Silvia (1977: 95–96).

<sup>5</sup> Sobre el prólogo al lector cf. CHANG RODRIGUEZ, Raquel (1974b: 177–181).

<sup>6</sup> En este sentido, se puede advertir que los escritos del período colonial suelen marcar una diferencia, en cuanto a sus propósitos respecto a las crónicas y relaciones de la conquista. En este momento los intereses y objetivos del escritor superan lo individual para transformarse, en un momento en que las hazañas personales ya parecen haberse esfumado, en instrumentos de defensa de todo un conglomerado social, los criollos, que comienzan a tomar conciencia de su condición de diferentes y, por consiguiente, de marginados de diversos beneficios de la sociedad colonial hispanoamericana. Todo esto permite que el escritor colonial criollo, sintiéndose marginado llevar a cabo un acto de escritura que es sorda rebeldía y un reclamo de sus derechos. Por lo mismo, la escritura se convierte en un instrumento para llevar a cabo su defensa y, a la vez, en un fin en sí mismo para probar su condición de escritor con derecho para realizar tal crítica. Al respecto cf. CHANG-RODRIGUEZ, Raquel (1974a: 1982).

medio de un constante proceso de enmascaramiento del cual su mejor mecanismo es la ironía. Todo esto produce un efecto discursivo de particular importancia donde la autobiografía da unidad y coherencia a la obra, de modo que el narrador muestra su presencia, a través de diversas marcas, en todo el acto enunciativo.

## 2.1. El texto: guía del lector

Conviene, antes de advertir el modo como el narrador llena de un determinado sentido su obra, mostrar brevemente las diversas marcas por medio de las cuales el sujeto de la enunciación organiza su discurso. Es lo que Genette denomina función de **dirección** y concierne a los organizadores del discurso, mediante los cuales el narrador, conciente del carácter escritural de su enunciado, guía su lectura, a través de un discurso, en cierto sentido, metanarrativo.

En **El Carnero** tales marcas tienen el valor de un contenido particular: mostrar, ya desde este momento, el dominio del sujeto, su cabal conocimiento de la realidad, así como del texto del que se vale para llevar a cabo la "fundación" de dicha realidad y, a la vez, organizar su discurso mediante un juego permanente de alusiones orientado a mantener la expectativa del lector. Tales marcas se encuentran presentes a partir del mismo título, que se convierte en una suerte de programa del texto; según éste se incluirá la: "conquista y descubrimiento del nuevo Reino de Granada", sus guerras civiles, los principales personajes que participan en dicha historia, así como la narración de "algunos casos sucedidos en este Reino, que van en la historia para ejemplo, y no para imitarlos por el daño de conciencia". Pero es dentro de la narración misma que esta función adquiere especial relevancia, ya sea a través de marcas que guían la lectura en un sentido espacial, donde lo irónico, lo lúdico y lo apelativo se imbrican:

"Y con esto vengamos a la historia, la cual paró como se sigue al frente de esta hoja". ("Al lector", p. 13).

"Ponga aquí el dedo el lector y espéreme adelante, porque quiero acabar esta guerra" (Cap. IV, p. 40).

"Con lo cual podría el lector quitar el dedo de donde lo puso, pues está entendida la ceremonia". (Cap. V, pp. 52-53).

O bien diversos momentos en que el narrador detiene, avanza o mantiene la tensión de su narración:

"Pues veamos agora qué rastro le hallaremos al Cacique de Bogotá para tenerlo por cabeza de su monarquía y señoría". (Cap. VII, p. 83).

"Y con esto vamos a Bogotá, que me espera". (Cap. VII, P. 84).

Estas huellas se convierten, a la vez, en un medio para guiar o dirigir su discurso, interviniendo directamente en la historia narrada:

"En ínterin que llega el primer Presidente de este Reino, quiero coger dos flores del jardín de Santafé de Bogotá..." (Cap. IX, p. 109).

O bien, aludiendo al conocido tópico del cansancio del escritor, detener la narración al final de los capítulos, como una forma de mantener la tensión, o desechar en forma definitiva una historia que no es de su pleno agrado:

"Ya tengo dicho que estos casos no los pongo para imitarlos, sino para ejemplo, y con esto vamos a otro capítulo, que éste nos tiene a todos cansados" (Cap. XII, p. 173).

A todo lo dicho se podrían agregar casos más complejos como aquellos en los que determinados personajes de la historia supuestamente reclaman la atención del narrador<sup>7</sup>.

<sup>7</sup> Se trata de diversos procedimientos conocidos con el nombre de *metalepsis* del autor o en términos generales como *metalepsis narrativa* (Genette, 1972).

"Y con esto, y mientras los Generales aderezan el viaje de Castilla, volvamos al Cacique de Guatavita, que como vencido se queja de mi descuido por andarme, como dicen, a viva el que vence" (Cap. VI, p. 79).

De esta forma, el narrador asegura su dominio sobre su discurso y su presencia comienza a convertirse en la de un sujeto con cabal conocimiento y conciencia del mundo que descubre a través de su escritura.

## 2.2. La situación narrativa: testimonio y polémica.

Ya habíamos señalado con Genette que el estudio de este aspecto concierne tanto a la consideración del narrador como del narratario. El estudio del narrador permite determinar dos funciones extranarrativas claves: **testimonial e ideológica**.

2.2.1. La **función testimonial**, se articula en torno a la orientación del narrador hacia sí mismo y muestra su presencia y grado de compromiso con la historia narrada<sup>8</sup>. La intencionalidad del sujeto enunciante, en este sentido, es evidente, se trata de un compromiso de índole moral, por un lado, y afectivo por otro:

"He querido hacer este breve discurso por no ser desagradecido a mi patria, y dar noticia de este Nuevo Reino de Granada, de donde soy natural..." ("Al lector", p. 11).

El "dar noticia" implica conciencia de la importancia del acto de narración, pues advierte que lleva a cabo el inicio de un proceso: poner en conocimiento del lector, los hechos ocurridos durante 100 años en Nueva Granada, los cuales son fundados historiográficamente a través de su narración. Pero existe además una razón de tipo afectiva-política: su naturaleza de criollo y un incipiente sentido de nacionalidad y patria. El compromiso moral del narrador implica, en este caso, el conocimiento de la importancia de su acto y se vincula a un designio de orden divino:

"Todas las criaturas del mundo están obligadas a dar infinitas gracias a Dios Nuestro Señor, que con infinita misericordia las sustenta con su providencia divina sin merecerlo, lo cual hace Dios con su sola bondad, y con ella proveyó a la naturaleza humana remedio para conservar la memoria de los beneficios recibidos de su mano; y que juntamente con esto tuviésemos noticias de las cosas pasadas, porque Cristo Nuestro Señor puso los ojos ab-eterno en su esposa la Iglesia, desde luego le puso escritores y cronistas, y los hombres, aprovechándose de esta doctrina, fueron siempre dando al mundo noticia de lo acontecido en sus tiempos, con lo cual los presentes tenemos noticias de lo pasado". ("Al lector", p. 11).

Y pocas páginas más adelante:

"En todo lo descubierto en estas Indias Occidentales o Nuevo Mundo, ni entre sus naturales, naciones y moradores, no se ha hallado ninguno que supiese leer ni escribir, ni aún tuviese letras ni caracteres con qué poderse entender, de donde podemos decir, que donde faltan letras faltan cronistas; y faltando esto falta la memoria de lo pasado. Si no es que por relaciones pase de unos en otros, hace la conclusión a mi propósito para probar mi intento". (Cap. II, p. 23).

Tal designio que se relaciona con el problema de la verdad<sup>9</sup>, se convierte en el texto en una lucha constante, entre lo que conviene decir y la obligación de ceñirse a la verdad de los hechos:

<sup>8</sup> No son evidentemente los datos autobiográficos los que nos interesa desentrañar, sino el sentido que dicha inclusión tiene dentro del discurso. Para una relación sintética de los datos sobre el autor en la obra puede verse: CHANG-RODRIGUEZ, Raquel (1982: 41-61).

<sup>9</sup> El criterio de verdad manejado por RODRIGUEZ FREYLE, se relaciona naturalmente con la concepción lógico-semántica aristotélica de la "adecuación del juicio a la cosa" y se relaciona, a la vez, con los valores que tales hechos contienen en sí adquiriendo entonces una dimensión pragmática. Por lo mismo, el "criterio de verdad" en Rodríguez Freyle se funda por un lado en la adecuación a las cosas (modalidad de *re*), su verdad es tal porque así ocurrieron los hechos; pero, por otro lado, al llevar a cabo la escritura de una "verdad moral" el criterio de verdad se funda en su discurso (modalidad de *dicto*). El problema del criterio de verdad ha sido desarrollado por Mignolo (1981: 368-377).

"... están luchando conmigo la razón y la verdad. La razón me dice que no me meta en vidas ajenas; la verdad me dice que diga la verdad. Ambas dicen muy bien, pero valga la verdad..." (Cap. XI, p. 150).

La necesidad de la narración y la intención de develar lo acontecido, se basa, además, en la experiencia personal, que encontramos magistralmente ejemplificada en su intento por encontrar fortuna fácil:

"Yo confieso mi pecado, que entré en esta *letanía* con *codicia* de pescar uno de los caimanes, y sucedióme que habiendo galanteado muy bien a un jeque, que lo había sido de esta laguna o santuario, me llevó a él, y así como descubrimos la laguna, que vio él el agua de ella, cayó de bruces en el suelo y nunca lo pude alzar de él, ni que me hablase más palabras. Allí lo dejé y me volví sin nada y con pérdida de lo gastado, que nunca más lo ví". (Cap. V, pp. 50-51).

A lo dicho hay que agregar la constante alusión al conocimiento directo de diversos personajes, así como la apelación a la memoria, por lo que la narrativa adquiere un claro contenido autobiográfico y se vincula a la historiografía de lo visto y lo vivido:

"Diré lo que vide y oí" (Cap. XVII, p. 259).

"Tenía descuidos el Adelantado, que le conocí muy bien, porque fue padrino de una hermana mía de pila, y compadre de mis padres, y más valiera que no, por lo que nos costó en el segundo viaje que hizo a Castilla, cuando volvió perdido de buscar el Dorado, que a este viaje fue mi padre con él, con muy buen dinero que acá no volvió más, aunque volvieron entrambo". (Cap. VII, p. 87).

Por lo mismo, la narración adquiere normalmente la forma de la primera persona<sup>10</sup> donde el narrador es el protagonista de su propio enunciado. A lo que se suma la referencia constante a las fuentes de las cuales extrae su testimonio; en este sentido podemos señalar, junto al testimonio personal, dos formas: la narración en base a testigos directos que le han referido los acontecimientos<sup>11</sup>.

"Yo en mocedad, pasé de este Reino a los de Castilla, a donde estuve seis años. Volví a él y he corrido mucha parte de él, y entre los muchos amigos que tuve fue uno don Juan, Cacique y señor de Guatavita, sobrino de aquel que hallaron los conquistadores en la silla al tiempo que conquistaron este Reino; el cual sucedió luego a su tío y me contó estas antigüedades y las siguientes" (Cap. II, p. 26).

Así como referencias a fuentes escritas:

"Otros subieron al Pirú, cuyos nombres no se acordó el Capitán Juan de Montalvo, a cuya declaración me remito, que se halla en el Cabiildo de esta ciudad de Santafé" (Cap. VIII, p. 98).

Las que junto a las referencias a la tradición bíblica, fundamentalmente, configuran el marco en que el discurso sustentado por el narrador comienza a construir su verdad.

2.2.2. Interesa a continuación describir cómo esta escritura "testimonial" se convierte en portadora de un contenido de tipo ideológico; donde, por consiguiente, el narrador asume una **función ideológica**.

Como ya adelantamos la lucha del sujeto, que adquiere categoría de problema en la obra, se da entre escribir una relación falsa y lisonjera o una historia verdadera de los hechos. Volvamos a esta reflexión del narrador y agreguemos algo más:

<sup>10</sup> Señala Barthes que: "es necesario mencionar el caso particular —previsto por Jakobson, a nivel de la lengua, dentro de la trama de sus *shifters*— en que el enunciante del discurso es al mismo tiempo participante del proceso enunciado; en que el protagonista del enunciado es también el protagonista de la enunciación; en que el historiador, actor en el momento del hecho, se transforma en narrador..." (1970: 42).

<sup>11</sup> Mignolo distingue tres "actitudes" que se basan en el conocimiento historiográfico del escritor: a) la actitud de los escritores que tienen acceso **directo a la información** (testigos presenciales de los hechos), b) la de los escritores que se basan en informaciones **indirectas—inmediatas** (los que escriben desde España en el momento en que suceden los hechos) y c) los que se basan en informaciones **indirectas—mediatas** (los que escriben después de sucedidos los hechos y deben basarse sólo en documentos escritos). Estas tres son actitudes de los historiadores de Indias y sirven a éstos como una medida para valorar la verdad. El caso de Rodríguez Freyle es, principalmente, el primero (1981: 387).

"... están luchando conmigo la razón y la verdad. La razón me dice que no me meta en vidas ajenas; la verdad me dice que diga la verdad. Ambas dicen muy bien, pero valga la verdad; y pues los casos pasaron en audiencias públicas y en cadalsos públicos, la misma razón me da licencia que lo diga, que peor es que lo hayan hecho ellos que lo escriba yo; y si es verdad que pintores y poetas tienen igual potestad, con ellos se han de entender los cronistas, aunque es diferente, porque aquellos pueden fingir, pero a éstos correles obligación de decir verdad, so pena de daño de la conciencia" (Cap. XI, pp. 150-151).

Se ha señalado que esta actitud es propia del intelectual de la colonia, crítica a su sociedad a la vez que la justifica por razones de índole natural<sup>12</sup>. Para ello Rodríguez Freyle se escudaría en la argucia de no señalar los nombres de aquellas historias tachables moralmente. Aún aceptando como válida esta afirmación es necesario constatar que tal hecho tiene aún otro significado, que evidentemente predomina en la intención del narrador, y que le permite provocar una clara consecuencia, inscribir su historia como un fenómeno con valor universal, lo que se convierte en uno de los puntos neurálgicos del texto.

Pero reconocerse poseedor de una verdad implica para el escritor buscar los medios para darla a conocer. Creemos por ello necesario detenernos, en este momento, en la observación de la dedicatoria al rey Felipe IV:

"Estilo es, señor, de los escritores dirigir sus escritos a las personas de su devoción: unos por el conocimiento que de ellas tienen, otros por los beneficios recibidos; y si esto es así, ¿quién más merecedor que V.M., de quien tanto recibimos, manteniéndonos en paz y justicia, y a quien del cielo abajo se le debe todo?. Dirijo esta obra a V.M. por dos cosas: la una, por darle noticia de éste su Reino nuevo de Granada, porque nadie lo ha hecho; la otra, por librarla de algún áspid venenoso, que no la muerda viendo a quien va dirigida, cuya real persona N.S. guarde con aumento de mayores reinos y estados, para bien de la cristiandad".

Analizada denotativamente la dedicatoria no escapa a la estructura formal de estos discursos en la época; esto es, se basa en el procedimiento de la alabanza a una persona de importancia (el rey), señala no buscar beneficios individuales sino colectivos, poniendo en conocimiento de éste la historia de uno de sus reinos, etc. Sin embargo, una observación cuidadosa muestra el alto grado de relativización del discurso por medio de la ironía. En primer lugar, se relativiza el poder del rey restringiéndolo al orden de lo humano, lo que implica reconocer desde ya que la única dependencia real es con la divinidad, lo que se confirma, además, por la forma de interrogación, y ya no de afirmación, que adquiere el discurso. Analizado en la totalidad de la obra<sup>13</sup>, este problema se vuelve aún más evidente y enfatiza el contenido irónico que venimos desarrollando; ya que no es justamente un estado de "paz y justicia" el de Nueva Granada, ni en la situación gubernamental de estas lejanas tierras es posible un avance "para bien de la cristiandad". Es así como el narrador se levanta para poner el orden a través de su escritura.

¿Cuál es entonces, la verdad que porta el narrador? ¿De qué modo su acto se convierte en un instrumento capaz de influir en el mundo?. La respuesta se encuentra en dos elementos básicos constitutivos del discurso: por un lado, los excursos que aparecen bajo la forma de disgresiones morales, habitualmente fundadas en la Biblia, que alcanzan a veces la exclamación emotiva del autor, pero, por otro lado, tales excursos por sí mismos no son instrumento suficiente para llevar a cabo su propósito; en otros términos no basta con meros razonamientos filosófico-morales, sino que requiere además de la ejemplificación, la que realiza por medio de la narración de una serie de "casos"<sup>14</sup> que adquieren el valor de *exempla*, y al ser casos no imitables alcanzan la categoría de antiejemplos o antihagiografías<sup>15</sup>. Estos dos

<sup>12</sup> Cf. PARRA, Rodrigo (1973: 39-90). La afirmación de Parra se contradice en parte, con las observaciones de Raquel Chang-Rodríguez (1974a) y de Sergio Correa (1965: 76 y ss.), quienes advierten que la crítica al sistema político imperante es un rasgo específico del intelectual criollo de la colonia.

<sup>13</sup> En este sentido, la dedicatoria puede ser leída como un enunciado que se relaciona intertextualmente, en este caso bajo de forma de autotextualidad, con el resto del texto, lugar en el que se muestra la inversión de valores y poderes atribuidos a la corona. Sobre el concepto de intertextualidad Cf. KRISTEVA, Julia (1981), sobre el caso específico de los discursos complementarios, CARRASCO, Iván (1979).

<sup>14</sup> El estudio particular de cada "caso" ha sido realizado, bajo la denominación de *historietas* por BENSO, Silvia (1977).

<sup>15</sup> Cf. al respecto: JOLLES, Andrés (1972). La estructura de los "casos" ha sido analizada por Pedro Lastra, siguiendo las proposiciones de Jolles, bajo la forma de *memorable*, es decir, narración definida como actividad mental de lo real y verdadero, que no se limita simplemente a informar sino que contiene una serie de pormenores no elegidos o ideados libremente por el autor sino extraídos del transecurso histórico del acontecimiento. (1982: 147-155).

elementos unidos a la relación histórica conforman el marco en el cual la narración ya se ha tejido de un claro contenido ideológico. De tal forma que, al propósito inicial de narrar la historia de Nueva Granada, se unen una serie de subtemas: el honor, la codicia, el amor, la corrupción, etc. Todos estos subtemas enfocados siempre desde una perspectiva moralizante o irónica sirven al propósito de mostrar la decadencia del sistema colonial. Su interés, naturalmente, no alcanza el intento por sustituirlo, sino por modificarlo, por inscribirlo nuevamente en una norma regida por un código de tipo moral y ético; como hace, por ejemplo, con su crítica a los gobernantes que aprovechan sus puestos para beneficio personal.

La observación y narración de "casos" sobre asuntos amorosos (cf. Cap. X, XIII, XV, XVIII, XX, etc.), de honor (cf. Cap. XVI), eclesiásticos (cf. Cap. XI), administrativos (cf. Cap. XIII, XIV, XVI, etc.), etc. lo lleva a comprender que el reino de Nueva Granada y el mundo están regidos por la pasión, la codicia, el honor malentendido, la avaricia, etc. Así, no es de extrañar que el narrador vincule el caos a la caída original de Adán y Eva:

"Colocado el hombre en el paraíso, y habiéndole dado Dios el mando y mero mixto imperio de todo como primer monarca, y con ello compañera que le ayudase, fue Dios dejándolos en manos de su albedrío. Lucifer, que acechaba a Dios..." (Cap. V, p. 47).

Y que, en consecuencia, el caos del mundo se le atribuya, en diversos momentos históricos (y, por consiguiente, en la historia de Nueva Granada) a la mujer<sup>16</sup>:

"Qué caro le costó a Adán la mujer, por haberle concedido que se fuese a pasear; y qué caro le costó a David el salirse a bañar Betsabé, pues le apartó de la amistad de Dios; y qué caro le costó a Salomón, su hijo, la hija del Rey faraón de Egipto, pues su hermosura le hizo idolatrar; y a Sansón la de Dalila, pues le costó la libertad, la vista y la vida; y a Troya le costó bien caro la de Helena, pues se abrazó en fuego por ella, y por Florinda perdió Rodrigo a España y la vida" (Cap. V, p. 48).

De esta forma, sólo Dios a quien "Todas las criaturas del mundo están obligadas a dar infinitas gracias..." ("Al lector", p. 11) es capaz de poner orden y es en este punto que la historia narrada se articula como una lucha entre el bien y el mal. La alternativa que ofrece *El Carnero* supera, entonces, los límites de los problemas sociales y políticos de Nueva Granada para inscribirse dentro de una verdad universal, eterna e infalible, en la cual su escritura fundada a partir de esta verdad, se alza como un instrumento que busca poner orden en el mundo.

Se comprende entonces que este texto no tenga la forma de la historiografía tradicional y transgreda incluso los demás escritos históricos del nuevo continente, ya que como bien se comprende la historia narrada, no se caracteriza por sus grandes y gloriosas hazañas:

"ya que lo que en él ha acontecido no sean las conquistas del Magno Alejandro, ni los hechos de Hércules el hispano, ni tampoco valerosas hazañas de Julio César y Pompeyo, ni de otros capitanes que celebra la fama..." ("Al lector", p. 11).

Por el contrario, el valor que ahora se alza, y convierte en materia de interés la historia de Nueva Granada, es el monetario:

"... que aunque para ella no fueron menester muchas armas ni fuerzas, es mucha la que él tiene en sus venas y ricos minerales..." ("Al lector", pp. 11-12).

Es de esta manera que el texto muestra su inscripción en una nueva mentalidad<sup>17</sup>. Los grandes acontecimientos de la conquista han desaparecido en el tiempo y, en ocasiones, han sido sólo esfuerzos y vidas malgastadas:

<sup>16</sup> Esto ha permitido que la obra de Rodríguez Freyle se haya leído como un discurso de contenido misogenista, Cf. al respecto: ORNSTEIN, J. (1941: 219-232).

<sup>17</sup> Dentro de una perspectiva más universal, *El Carnero* puede ser enfocado también como ejemplo del paso de un período a otro: del Renacimiento al confuso y caótico Manierismo.

"De esta ceremonia se tomó aquel nombre tan celebrado del **Dorado**, que tantas vidas ha costado y haciendas" (Cap. II, p. 28).

Queda, entonces, sólo la "verdad desnuda", libre de "omato retórico", de las pequeñas historias colectivas de un pueblo.

2.2.3. Descriptos los medios y propósitos del texto hace falta, para cerrar la constitución del acto enunciativo, determinar la recepción del discurso. Nos referimos, naturalmente, a la orientación del narrador hacia el **narratario** con la finalidad de establecer con éste una relación que se manifiesta en el deseo de influir sobre él; es lo que Genette denomina **función de comunicación**.

Las marcas de destinación al lector son evidentes, como ya hemos podido constatar, y evidencian el dominio del narrador de su acto comunicativo. Tales marcas sirven al propósito de dirigir la narración y un primer rastro lo encontramos en el prólogo "Al lector", que cumple la función de "exordio", dando el marco ideológico (ético-religioso) adecuado a la narración. Dentro de la narración misma advertimos que las marcas al "curioso lector" son constantes y reiterativas y cumplen por lo mismo funciones diversas:

- Para que el narratario evalúe y extraiga conclusiones sobre algunas de las materias narradas:

"Discurra el curioso en los trajes presentes, si se guardara esta ley dónde fuéramos a parar" (Cap. II, p. 25).

- Para dar respuestas a supuestas interrogantes del narratario, integrándolo activamente en la narración a la vez que lo pone en conocimiento sobre datos de sí mismo:

"Paréceme que algún curioso me apunta con el dedo y me pregunta, que de dónde supe estas antigüedades, pues tengo dicho que entre estos naturales no hubo quien escribiese, ni cronistas. Respondo presto por no me detener en esto que nació en esta ciudad de Santafé, y al mismo tiempo que escribo esto me hallo en edad de setenta años, que los cumplo la noche que estoy escribiendo este capítulo..." (Cap. II, p. 25).

- Para dirigir la lectura enfatizando determinados momentos de la narración:

"Ponga aquí el dedo el lector y espéreme adelante, porque quiero acabar esta guerra" (Cap. II, p. 40).

- Para hacerlo participar en sus estados anímicos y así integrarlo dentro de su propia cosmovisión:

"Ya tengo dicho que estos casos no los pongo para imitarlos sino para ejemplo, y con esto vamos a otro capítulo, que éste nos tiene a todos cansados" (Cap. XII, p. 173).

- Para asegurar y reconocer en el lector el derecho a duda y comprobación de la información:

"Ya tengo dicho que todos estos casos, y los más que pusiere, los pongo para ejemplo; y esto de escribir vidas ajenas no es cosa nueva, porque todas las historias las hallo llenas de ellas. Todo lo dicho, y lo que adelante diré en otros casos, consta por autos, a los cuales remito al lector a quién esto no satisficere" (Cap. CV, p. 222).

- Para solicitar su atención y cortesía:

"Espéreme aquí el lector por cortesía un poquito". (Cap. XV, p. 225), etc.

Las funciones que cumple la apelación al narratario como vemos son heterogéneas, y a las anteriores podríamos sumar otras más, ya que el narrador llega a distinguir, incluso, según el sexo de sus receptores:

"Quiero volver a las mujeres y desenojarlas, por si lo están, y decir un poquito de su valor" (Cap. XVIII, p. 282).

Sin embargo, más allá de estas funciones que dicen relación con el curso supuestamente dialógico del texto, el propósito fundamental del narrador está dado por el desarrollo de un discurso de sentido ético, aun cuando no siempre abandone la ironía y el humor, tendiente a provocar una actitud de piedad, mise-



ricordia y equidad en sus narratarios, manifiesta sobre todo en los capítulos finales que inclusive recuerdan el tópico del "ubi sunt" en ciertos momentos:

"Pregunto: estos monstruos de riqueza y otros que habrá habido en el mundo y quizás los habrá el día de hoy, ¿qué llevaron a todas ellas a la vida? ¿Qué limosnas, misericordias y caridades harían con ellas? ¿Dónde las dejaron? ¿Quién las gastó? ¿A dónde estarán el día de hoy sus almas? ¿Por ventura atesoraron algunas en el cielo? Dichoso el que lo hizo o lo hiciere, que allá lo hallará..." (Cap. XXI, p. 373).

En resumen, aun cuando el narrador permanentemente asegure su dominio de la situación, es fácil advertir que el estatuto del narratario aparece revestido de una singular importancia, y que el narrador intenta mantener con éste una suerte de diálogo tendiente a atraer su simpatía y conseguir persuasión.

Sin embargo, este problema puede ser enfocado dentro de un contexto mayor como es el de la finalidad del discurso. Tal sentido está dado por el hecho de que, junto a este narratario colectivo, la masa de "curiosos lectores", existe un destinatario individual que no es otro que el rey y sólo, hipotéticamente, al influir sobre éste su acto tiene el cabal sentido social, político y moral deseado.

### 2.3. Para finalizar

Describir el mecanismo de funcionamiento del sistema narrativo de *El Carnero*, permite constatar que el acto de escritura mismo se convierte en elemento central de dicho proceso. En otras palabras, la escritura deja de ser un acto de recreación inocente, para proyectarse como un medio capaz de influir y determinar el curso de los acontecimientos en la realidad extratextual. De tal forma que la(s) historia(s) narrada(s) no son sino el pretexto de que el narrador se sirve para poner en conocimiento público una verdad que requiere de una atención urgente; para cuyo efecto es necesario la construcción de un tipo de texto, de un verosímil textual, que sirva a los objetivos propuestos. Este rasgo contribuye a explicar la evidente mixtura textual de ésta y otras obras coloniales.

En particular, no debemos dejar de considerar el régimen de censura y de prohibiciones que caracteriza la producción cultural de esta época. Así, no es extraño el permanente proceso de enmascaramiento que define esta escritura y, por lo mismo, Rodríguez Freyle agudiza su inclinación a la ironía, el humor y la desmitificación, por medio de la apelación al sentido común, al saber popular y a la doctrina cristiana como principales criterios fundadores de su verdad.

El análisis de las funciones extranarrativas permite advertir cómo *El Carnero* busca desnudar por medio de estos recursos el orden social invertido de la Colonia, sus injusticias, su violencia velada, el escaso respeto a los valores religiosos, etc. De tal forma que el aparato social y su tejido quedan a la luz, mostrando "las flores" de la crisis de la conquista y el consiguiente fin de la Edad de Oro.

## REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- BARTHES, Roland. 1970. "El discurso de la historia", *Estructuralismo y Literatura*. Buenos Aires, Nueva Visión: 37-50.
- BENSO, Sulvia. 1977. "La técnica narrativa de Juan Rodríguez Freyle", *Thesaurus* Vol. XXXII: 95: 161.
- CARRASCO, Iván. 1979. "Dos discursos complementarios: las dedicatorias y las notas", *Estudios Filológicos* 14: 129-1347.
- CORREA, Sergio. 1965. *El "Cautiverio Feliz" en la vida política chilena del siglo XVII*. Santiago de Chile, Andrés Bello.
- CHANG-RODRIGUEZ, Raquel. 1974a. "Apuntes sobre sociedad y literatura hispanoamericana del siglo XVII", *Cuadernos Americanos* 4: 131-144.
- , 1974b. "El 'Prólogo al lector' de *El Carnero*: guía para su lectura", *Thesaurus* Vol. XXIX: 177-181.
- , 1982. *Violencia y subversión en la prosa colonial hispanoamericana de los siglos XVI y XVII*. Madrid, Ed. Porrúa.
- GENETTE, Gerard. 1972. "Voix", *Figures III*. Paris, du Seuil.
- JOLLES, Andrés. 1972. *Las formas simples*. Santiago de Chile, Ed. Universitaria.
- KRISTEVA, Julia. 1981. "Poesía y negatividad", *Semiótica* 2. Caracas, Fundamentos.
- LASTRA, Pedro. 1982. "Sobre Juan Rodríguez Freyle" *Revista Chilena de Literatura* 20: 147-155.
- LATCHAM, Ricardo. 1965. "Una crónica del barroco hispanoamericano: *El Carnero* de J.R.F.", *Mapocho* III: 5-10.
- MARTINENGO, Alessandro. 1964. "La cultura literaria de Juan Rodríguez Freyle", *Thesaurus* XIX: 274-299.
- MIGNOLO, Walter. 1981. "El metatexto historiográfico y la historiografía indiana", *Modern Languages Notes* Vol. 96, Nº 2.
- ORSTEIN, Jacob. 1941. "La misoginia y el profeminismo en la literatura castellana", *Revista de Filología Hispánica* 3: 219-232.
- PARRA, Rodrigo. 1973. "El intelectual de la colonia. *El Carnero* como visión del mundo", *Razón y Fábula* 31: 59-90.
- PUPO-WALKER, Enrique. "La reconstitución imaginativa del pasado en *El Carnero* de Rodríguez Freyle", *Nueva Revista de Filología Hispánica* 27: 346-358.
- RODRIGUEZ FREYLE, Juan. 1992. *El Carnero. Conquista y Descubrimiento del nuevo Reino de Granada*, Bogotá, Imprenta Nacional, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Cronistas, Vol. III.